

**SÕFROSÝNE - ENKRÁTEIA:  
ARISTÓTELES TENÍA RAZÓN**

*Comunicación del académico de número Héctor Aguer,  
en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias  
Morales y Políticas, el 23 de noviembre de 2016*



## **SÕFROSÝNE - ENKRÁTEIA: ARISTÓTELES TENÍA RAZÓN**

Por el académico Monseñor HÉCTOR AGUER

La afirmación contenida en el título no constituye una extravagancia. La conjugación del verbo incluye –eso sí– un cierto matiz de nostalgia, y de venganza también, en cierto modo, porque sugiere dolor por las consecuencias del abandono de un ideal antropológico central en la cultura de Occidente, ratifica el valor de ese ejemplar de perfección y subraya implícitamente el contraste con la banalizaciones de la cultura que hoy se impone y con sus funestas consecuencias.

Charles Moeller comienza su magnífica obra “Sabiduría griega y paradoja cristiana” (1946) con esta propuesta de método: *el cristianismo se ha unido con el helenismo, es decir, con una de las formas más perfectas del humanismo, en un vínculo indisoluble. Al helenismo le debe en gran parte su triunfo en el mundo antiguo. Es imposible comprender algunos aspectos del dogma*

*sin recurrir a los conceptos greco-romanos, que han contribuido a elaborarlo.* Sin embargo, el ilustre autor de la serie “Literatura del siglo XX y cristianismo”, antepuso el prefacio de la obra que he citado, estas dos afirmaciones contrastantes: Platón, que exhortaba: *Tú debes conocer bien qué es la sabiduría, pequeño Cármenes, porque has sido educado como griego,* y San Pablo, que escribía a los Corintios en su primera carta presentando a Cristo como la verdadera sabiduría: *Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos* (1 Cor. 1, 24: *éthnesin*, concretamente, para los griegos). El mismo contraste encabeza el Memorial que en 1654 Pascal escribió en un trocito de pergamino y cosió en su sacón: *Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob* –es decir: el de la zarza ardiente– *no de los filósofos y los sabios.* Tensión, hostilidad latente, maridaje muchas veces conflictivo, un conflicto que ha perdurado según la evolución del pensamiento filosófico, pero también resolución armoniosa, ambición de síntesis siempre renovada. La cultura de Occidente procede de aquellas fuentes clásicas: la filosofía y la literatura de los griegos –pienso especialmente en la tragedia– el sentido jurídico de los romanos y la belleza de sus letras, asumidas y transmitidas por el cristianismo, con el que llegaba asimismo la mentalidad semítica, la revelación hecha a Israel en la Torá, los Nebiyim y los Ketubim (la Ley, los Profetas y los demás escritos), lo que los cristianos llamamos el Antiguo Testamento.

Lo que hemos recibido de aquellas fuentes es una idea del hombre, su naturaleza y condición, su carácter de *dzoós politikós*, viviente político, ser social, ciudadano. Lo que se diga sobre su comportamiento importa a la configuración de la comunidad. El fin de la política es para Aristóteles que los ciudadanos sean virtuosos, es decir buenos y obedientes a las leyes; la mirada está puesta en aquella *psyjés enérgeia* (actividad o energía del alma) que es la felicidad (*eudaimonía*). *El que es de veras político se ocupa de ella*, sentencia el Estagirita (Ética a Nicómaco I, 13). Un

buen consejo para los políticos de todos los tiempos: ocuparse de la felicidad de los ciudadanos, no de la propia de ellos.

Antes de considerar el significado de los valores elegidos, *sófrosýne* y *enkrátēia*, y la proximidad entre ambos, corresponde establecer un dato básico de la antropología aristotélica, en la que se distinguen dos partes del alma humana: una irracional y otra dotada de razón, distinción que expresa la complejidad de nuestro ser y nuestra conducta. Existe una dimensión irracional (*álogon*) que es causa de la nutrición y el crecimiento: el orden vegetativo, que no participa de la razón. El orden de los deseos, la dimensión apetitiva, siendo asimismo irracional, participa de la razón y de algún modo le es dócil. El Filósofo emplea una expresión curiosa: dice que el apetito se deja persuadir por la razón mediante la advertencia (*nouthétesis*), la repreensión (*epitímēsis*) y la exhortación (*paráklesis*). Observemos el valor pedagógico de este análisis. De paso, podemos destacar el carácter realista de la ética aristotélica: se basa en una singular perspicacia psicológica, en la consideración desapasionada de todas las opiniones sobre cada tema, y de estas actitudes propias de un buen estudioso, de un científico, procede la variedad de matices con que se presentan los vaivenes de la conducta humana. Me detengo, a propósito, en una cita de la obra clásica sobre Aristóteles de Sir William David Ross: *Los primeros principios de la ética están demasiado profundamente inmersos en los detalles de la conducta para que se los pueda captar tan fácilmente, y lo esencial de la ética consiste precisamente en captarlos. Para eso son necesarias dos condiciones: primeramente el discípulo debe ser educado de modo que acepte las opiniones generales acerca de las cuestiones morales, las cuales representan la sabiduría colectiva de la especie humana. Estas opiniones no son ni muy claras ni muy coherentes, pero tales como son, constituyen los únicos datos de los cuales es posible partir para alcanzar los primeros principios. La segunda condición consiste en investigar estas creencias, compararlas en-*

*tre sí, purificarlas de sus inexactitudes y de sus contradicciones y establecer las verdades “más inteligibles en sí mismas”, que nunca aparecen a primera vista, pero que son evidentes por sí mismas cuando han sido alcanzadas.*

En la *Ética Nicomaquea* consideremos ahora el concepto de *sōfrosýne*, estudiado a partir del capítulo 9 del libro III, y el de *enkráteia*, del que se ocupa ampliamente el Filósofo en el libro VII. Ante todo una posible equivalencia de ambos términos, y de su amplitud de sentido, con nuestro lenguaje. *Sōfrosýne* se refiere al estado sano del espíritu o del corazón y en consecuencia significa: buen sentido, prudencia, sabiduría. En esta acepción se advierte un parentesco con la *frónēsis*, que puede entenderse como inteligencia razonable, razón, sabiduría, pero también moderación en los deseos, templanza, modestia y simplicidad. La tradición helénica (Esquilo, Platón, Tucídides) ofrece asimismo las acepciones de prudente, sensato, sobrio, frugal, reservado. En el lugar señalado de la *Ética* a Nicómaco Aristóteles emplea el término para designar la virtud de la templanza.

*Enkráteia* significaba para Platón (por ejemplo en *Defensa de Sócrates* 412 a) moderación en algunos placeres y deseos; para Aristóteles equivale al imperio sobre sí mismo, y concretamente continencia. El adjetivo correspondiente, *enkratés* designa al que tiene fuerza en sí mismo, al fuerte, poderoso, vigoroso, que es capaz de gobernarse y controlarse a sí mismo. El Filósofo retoma el sentido que su maestro otorgaba al adjetivo (*Def.* 415 b, *Fedro* 256 b): es el que domina su apetito, el temperado, el continente.

En su teoría general de las virtudes Aristóteles profesa como ideal un justo medio entre dos extremos: el exceso y el defecto; la virtud importa la justa proporción, no es medianía sino por el contrario culminación que se alcanza mediante el ejercicio de la razón y de la voluntad libre. Para los griegos *he areté zaumasté estín*; la virtud es admirable, es lo que corresponde al hombre en cuanto tal, la plena realización de las posibilidades de la naturaleza.

Detengámonos en la realidad humana de la templanza, que así podemos traducir el griego *sōfrosýne*. Como otras virtudes morales se refiere a la experiencia del placer; es, respecto de ellos, los placeres –y como ya se ha dicho– un término medio, *mesótes*, pero por superación de los extremos viciosos que son un disfrute desordenado y la insensibilidad. Existen, como reconoce el Filósofo, placeres del alma, como la afición a los honores y al estudio o el aprendizaje. En estos casos no entra a jugar la dimensión corpórea de nuestro ser sino la *diánoia*, es decir la mente, la inteligencia, el pensamiento, y por tanto no puede hablarse en ellos de templanza o destemplanza. Una observación a la vez aguda y detallista de Aristóteles lo lleva a incluir en esa misma categoría a otros placeres no corpóreos, como la fuerte propensión a narrar historias o a oír las, o a comentar todo el día lo que ocurre. A los cuenteros expertos los llama *filomýthoi* –los que aman relatos y leyendas– y a los otros les aplica el título de *adolésjes*, charlatán (un término que Platón utiliza repetidamente en sus Diálogos).

Tampoco caben en el ámbito del objeto de la templanza los placeres de la vista y el oído, aunque pueda registrarse en ellos tanto el exceso cuanto la insensibilidad. El Estagirita excluye asimismo las sensaciones del olfato y refiere la templanza a la moderación de los placeres del tacto: la comida, la bebida y lo afrodisíaco, es decir el placer sexual. Lo contrario a esta virtud es el desenfreno –*akolasía*– que es censurable porque se verifica en nosotros no en cuanto somos hombres sino en cuanto somos animales. Recordemos la conocida definición del ser humano como animal racional. El defecto está en encontrar placer en lo que no se debe, o en excederse en la entrega al disfrute de un placer lícito. El licencioso (*akólastos*), dice el texto que voy siguiendo, apetece todos los placeres, o los más placenteros, y su apetito lo lleva a preferir éstos a todos los demás. La descripción es muy objetiva, científica podríamos decir; sin embargo desde esa dimensión ética particular parecen delinearse los rasgos de una personalidad a la que cuadra obviamente una nota negativa.

Aristóteles subraya la voluntariedad del desenfreno y la facilidad de acostumbrarse a él. Otra observación interesante: así como hay algo de animaloide en el desenfreno, también hay en él algo de infantil. En efecto, se puede caer en una especie de infantilismo, porque así como el niño debe vivir de acuerdo con la dirección del educador (*paidagōgós*) del mismo modo los apetitos deben proceder de acuerdo con la razón. Digamos de paso que Aristóteles no es racionalista ni se muestra puritano en su Ética; su discurso ético se remite siempre a la antropología armoniosa que profesa.

En el capítulo 4 del libro VII se identifica expresamente al *akratés*, que carece de *enkráteia*, el incontinente, con el *akólastos*, el desenfrenado, que carece de *sōfrosýne*, de la templanza; asimismo el *enkratés* (continente) coincide con el *sōfronos* (morigerado). La censura no recae sobre las experiencias pasionales, debidas a la inclinación y el amor y gusto de satisfacerla, sino por hacerlo de determinada manera, a saber, por exceso, con desmesura, es decir quedando el sujeto dominado por aquella y obrando *pará ton lōgon*, contra la razón. Aquí se plantea la cuestión delicada de las relaciones entre inteligencia y pasión. Sócrates afirmaba que no era posible comportarse de modo moralmente desviado, a no ser por ignorancia (*áгноia*). Esta sentencia no es sostenible en términos absolutos, porque la *frónesis*, la prudencia puede imponerse a la fuerza de la pasión, de la concupiscencia (*epithymía*). Sin embargo, explica Aristóteles, los que están dominados por las pasiones actúan así por una disminución o alteración de su conocimiento, de manera semejante a los arranques del loco o el borracho. La mención de estas dos figuras es interesante, porque los deseos sexuales descontrolados, así como los accesos de ira pueden producir trastornos hasta en el cuerpo, e incluso arrebatos de locura (*manía*, en griego). Los incontinentes (*akrateîs*) persiguen el exceso de placer en contra de la elección, cabe decir, de la libertad verdadera (*proáiresis*) y de la deliberación o razón que



la sostiene, de la *diánoia*. El desencadenamiento vehemente de la concupiscencia puede atar, ligar a la razón, sobre todo si esta no se propone con solicitud resistir a aquel impulso. La razón no puede ser oscurecida totalmente en su juicio universal sobre lo bueno o malo de su conducta, pero la perspectiva del deleite lleva, no obstante, a cumplir lo que el deseo señala. En la lección III de su Comentario al libro VII de la *Ética Nicomaquea*, Tomás de Aquino lo explica tomando como ejemplo el gusto de comer cosas dulces. Pensemos en el chocolate o el dulce de leche; sus gustos pueden imponerse a todas las dietas.

Como debe haber quedado claro, el concepto clave en todo este desarrollo es el de moderación; por tanto, lo que se ha dicho acerca de la *sōfrosýne* y la *enkráteia* puede referirse analógicamente a toda la materia moral. Aristóteles lo dice expresamente de la ira, la ambición de honores o de dinero. Desde esta perspectiva podemos juzgar las desfuegos de violencia que hoy nos aterran, y los casos bien conocidos de quienes frecuentan los pasillos de los tribunales. Además, todas las virtudes guardan conexión entre sí, de manera que todos los comportamientos rectos plenamente humanos, están inspirados o sostenidos por la *frónesis*, la prudencia, virtud de la razón práctica. Tomás de Aquino recogió la enseñanza de Aristóteles, y a la luz de la fe cristiana presentó en la Segunda Sección de la Segunda Parte de su *Suma Teológica* un estudio amplio y profundo del comportamiento virtuoso o de los vicios que lo contrarían.

El título de esta comunicación proclamaba que “Aristóteles tenía razón”; la intención era asimismo subrayar la actualidad de su estudio de la conducta humana, en contraste con las modas y manías que hoy día encuentran no sólo aprobación pseudocientífica e irreflexiva aceptación sino también difusión global. Deseo presentar dos ejemplos de *akolasía* y de *akrasía* destemplanza, incontinenencia, en los cuales la conducta desviada contraría de tal modo la naturaleza que puede considerarse perversión. Se puede

pensar que estos defectos han existido siempre, pero también que no se los presentaba como normales, ni se ejercían con la espontaneidad desvergonzada con que actualmente se cumplen.

Desciendo de las alturas aristotélicas a la hojarasca cotidiana de *Clarín*. El domingo 13 de noviembre, en la sección Spot y la subsección Sexo, el matutino porteño publicó un artículo de Clara Gualano titulado “Dos Adanes para una Eva: tres de un par perfecto”. En esa nota se presentaba una versión feminista del clásico *ménage à trois*; la autora identificándose entusiasmada con las experiencias que describía y que le refirieron Anabella (27 años) y Silvina (45), más la versión homosexual que le proporcionó Euge (35). Contó asimismo con la sesuda explicación de dos sexólogos, Patricia Safadi y Walter Ghedin. Copio algunas expresiones: según la autora las películas “porno mainstream” se quedan cortas; “abriendo la puerta para salir a jugar sin prejuicios en la noche porteña”; “quería a otro más en la cama”; “el despliegue de sensualidad hacia el ‘nuevo’ genera otros modos de excitarse”; “con mi novio recorríamos boliches y fiestas más liberales y lo que terminaba pasando es que yo quería estar con más de un chico a la vez”, y otras lindezas por el estilo. Platón preguntaría: ¿dónde está el eros? ¿qué se hizo del amor? Ninguna de estas dos palabras figuran en el escrito. Se trata, ciertamente de un vicio burgués, minoritario; lo sintomático es que aparezca propuesto elogiosamente en *Clarín*. Ya que la autora mencionó las películas porno recuerdo que esta palabra viene de *pornéia* que en griego significa prostitución.

El segundo caso, que me ha llegado en copia de una denuncia que recibí recientemente, es el de dos sitios de internet para encuentros homosexuales, específico para los que se sienten “osos”. Pido disculpas por lo que voy a leer. Uno de los depravados se presentaba así: “maduro, activo en la búsqueda de osos jóvenes, hombres de carne no peluda, muchachos delgados, con rol pasivo versátil entre los 18 y 40 años”. La presentación del siguiente

te decía: “tipo osito, no inmenso (¡oso, no un armario!), maduro pero todavía muy curioso, en busca de sexo, amigos; rol: ‘más top’; látigo: más activo; puños: activo; sadomaso: sí; sexo sucio: sólo orinando; fetiche: piel y cuero”. Detrás de los respectivos seudónimos se escondían dos religiosos profesores de un centro académico romano, que fueron cambiados de destino a raíz de una denuncia, lo cual no significa que hayan enmendado sus costumbres. Por lo menos, en la antigüedad clásica, y en realidad hasta hace poco tiempos, no existían armas de caza de semejante calibre. Estos personajes habrán leído muchas veces la Primera Carta del Apóstol Pablo a los Corintios y la condena de los cristianos que se habían contagiado de los vicios paganos dominantes en la sociedad de aquel tiempo; entre ellos figura el de los *arsenokóitai*” literalmente varones que se acuestan con varones.

Para concluir, señalo que el cambio cultural que se ha ido imponiendo desprecia el punto medio de la razón, más aún, se propone risueñamente el ideal del desenfreno. Pero el problema es, en mi opinión, más hondo, de índole filosófica, es la negación del concepto metafísico de naturaleza y, en consecuencia, no respetar la realidad que dicho concepto representa. Específicamente, no se acepta la realidad de la naturaleza humana y del orden correspondiente que la razón es capaz de captar. No se quiere reconocer que existe un *logos* de la persona varón y de la persona mujer, iguales en dignidad y derechos, complementarios. El irracionalismo antropológico, que postula el imperio de los caprichos subjetivos, la ideología de género, el constructivismo sociológico y el positivismo jurídico han llevado a las leyes la negación de la naturaleza humana, del orden natural y de la ley natural. En ese contexto una ética auténtica deviene imposible. Pero este asunto puede ser argumento de otra comunicación.

